

Vida y muerte en el monasterio de la Purísima Concepción de Úbeda

Margarita SÁNCHEZ LATORRE
Dirección General de Instituciones Museísticas,
Acción Cultural y Promoción del Arte.
Junta de Andalucía

*A mi abuela Paquita, y a Luisa del Pilar,
con esperanza*

I. Introducción.

II. Difuntas ilustres y venerables en el barroco.

III. La muerte en la edad contemporánea: el *Libro de Fallecimientos de Religiosas de la comunidad.*

I. INTRODUCCIÓN

Aproximarnos al mundo de los difuntos en este Monasterio supone recordar su fundación en el ocaso del esplendor renacentista¹. El 9 de junio de 1595 queda constituida la primera comunidad religiosa, auspiciada por el prior de los frailes, en cuyo convento había fallecido cuatro años antes el propio San Juan de la Cruz. Tras su paso fugaz y azaroso por las collaciones de Santo Tomás y San Lorenzo, se establecerán en 1608 en su actual emplazamiento, en la parroquia de San Pablo, en la calle Montiel, cuya fábrica irían levantando con no pocas penalidades hasta inaugurar su iglesia el 7 de octubre de 1673 y continuar su ornato en los años y siglo venideros.

Desde el punto de vista social, el siglo XVII es uno de los más calamitosos de la historia de España y las Luces tardarán en alumbrar la siguiente centuria en distinta dirección. Se trata de una época de gran mortandad, de epidemias y hambrunas en una economía de subsistencia. El exacerbado fervor religioso no es más que una respuesta consoladora y consecuente con una dura realidad. Ante la enfermedad, la desaparición prematura del ser querido e incluso del niño inocente e indefenso², el hambre, las condiciones meteorológicas adversas, la sequía o las malas cosechas ¿quién podía no sentir necesidad de consuelo en la religión, bien ingresando en un convento, bien buscando desde el mundo seglar su auxilio? Los cenobios en la Edad Moderna servían para crear ciudad, para ordenar y regularizar ámbitos degradados, cristianizándolos. Pero también eran necesarios para el inconsciente colectivo. Educación, atención sanitaria o beneficencia se ejercían desde estos institutos religiosos. Además, en una época en que la desgracia estaba a la orden del día, era necesario el concurso de esas personas de vida claustral que, por sus virtudes y oraciones, estaban más próximas a Dios y poseían mayor capacidad de intervención en la voluntad divina.

¹ Época de esplendor que Úbeda venía experimentando desde la Baja Edad Media, hasta contar con una población de 19.000 personas en 1575, para descender paulatinamente hasta las 1.898 de 1734, fecha a partir de la cual empieza un leve despegue demográfico y una nueva, aunque breve, etapa de esplendor. Véase TARIFA FERNÁNDEZ, A., «Mortalidad catastrófica y crisis de subsistencias en Úbeda durante la Edad Moderna: los niños expósitos (1665-1788)», en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses (BIEG)*, 198 (2008) 374.

² De una cuarta parte de los recién nacidos, sin contar casos extremos como el de los expósitos, *Ibidem*, p. 376.

II. DIFUNTAS ILUSTRES Y VENERABLES EN EL BARROCO

Vivir y morir en el cenobio ubetense no escapaba a las vicisitudes terrenas de quienes vivían y morían tras sus muros, aunque vida o muerte sí pudieran trascender más allá de la clausura. Seguimos al Dr. Manuel Morales Borrero, autor de un importante estudio acerca de los manuscritos literarios de este monasterio³, al hacernos eco de las noticias documentales más interesantes respecto al tema que nos ocupa y a sus principales protagonistas: *María de la Cruz* (Granada, 1563 – Úbeda, 1638), *Catalina M^a de Jesús* (Valladolid, 1605 – Úbeda, 1628), *Juana de San Jerónimo* (Úbeda, 1625 – 1706), *Gabriela Gertrudis de San José* (Granada, 1628 – Úbeda, 1701), *Catalina M^a de San José* (Úbeda, 1650 – 1707?) y *M^a Manuela de la Encarnación* (Úbeda, 1659 – 1734).

Catalina M^a de Jesús (o de Mendoza) había profesado en 1621, junto a su madre, Catalina M^a Serrano o de la Santísima Trinidad (Úbeda, 1581 – 1645). Habían sido atraídas por la entonces priora, María de la Cruz, que buscaba personajes principales a los que ofrecer el patronazgo vacante del convento y que encontró en la viuda e hija de un caballero de la Orden de Alcántara a la par protección económica, debido a su notable fortuna, y vocación religiosa. La exaltación juvenil de Catalina, profesa con apenas 16 años, y su corta estancia en el claustro terreno, pues falleció siete años después, conmovieron profundamente la vida conventual. Había sido esforzada enfermera, pero, sobre todo, una severa penitente (llevaba una cruz de hierro en el pecho de agudísimas puntas, lo que le provocó vómitos de sangre), causa de su prematura muerte. A pesar de las oraciones de María de la Cruz y del resto de hermanas, una voz desde lo alto anunció a aquélla que ese “ángel del alma” no recuperaría la salud. Tan desoladas dejaría su muerte a las monjas que María de la Cruz, insigne escritora, redactaría su biografía. En su último instante, asistida por su madre y su hermano, también carmelita en Baeza, Fray Rodrigo del Santísimo Sacramento, aquélla “le pregunta «¿Qué dices?». Y la hija contesta como dirigiéndose a Jesucristo: «No entiendo, Señor, ese latín, porque no llegué a tanto en la Gramática», y agrega luego: «Ya entiendo, Señor, como a Pedro; tú sabes, Señor, que te amo». La madre se le inclina: «hija, ¿quieres algo?». «Sí, madre, morir»⁴.

Define a la granadina Gabriela Gertrudis de San José su capacidad de comunicación con el más allá. La tradición oral y escrita del convento la hace receptora de presagios de la voluntad y auxilio divinos: el llanto del Mamoncillo por

³ MORALES BORRERO, M., *El Convento de Carmelitas Descalzas de Úbeda y el Carmelo femenino en Jaén. María de la Cruz, O.C.D. Su vida y su obra*, [Instituto de Estudios Giennenses], Jaén 1995, t. I y II.

⁴ *Ibidem*, t. I, p. 336.

su exclusión en la festividad del Corpus, el milagro de los tres claveles del Cristo de la Caída o el deseo divino de contar con un retablo en la capilla mayor. Su especial devoción a las ánimas del Purgatorio, culto específicamente carmelitano, la convierten en visionaria de distintas almas en trance de muerte que requieren su ayuda. Algo de lo que, en alguna ocasión, también será partícipe su discípula M^a Manuela, a la que Cristo vaticinó la curación de un hombre a cargo de larga prole que había sido apuñalado, quien se personó el día del entierro de la Madre para hacer público su milagro. La muerte de M^a Manuela estuvo rodeada de lo sobrenatural. Su obediencia llegó al extremo de respetar el mandato hecho por su prelada, que le impedía morir, y que mantuvo hasta que, con el cambio de priora, olvidaron renovarle el voto. Su biógrafa refiere la hermosura de su rostro, una vez fallecida, y la flexibilidad de su cuerpo, mantenida por espacio de los dos días previos a su inhumación, y las suaves fragancias que se elevaban desde ella en el coro. Su mayor gracia tuvo lugar cuando el cielo concedió tregua a la pertinaz sequía que, a la altura de 1734, ahogaba a la comarca y por la cual había rogado la Madre momentos antes de expirar.

En algunas de estas religiosas, la muerte asoma desde el comienzo de sus vidas, algo propio del momento histórico, de gran mortalidad, especialmente infantil. Gabriela dice haber estado dos veces en trance de muerte siendo pequeña. M^a Manuela, enferma de viruelas cuando aún lactaba, sanó milagrosamente alargando el brazo hacia la copa donde descansaba la leche que se había extraído su ama. Los padres de Catalina M^a de San José, deseosos de tener una hija, lograron concebirla mediante promesa a un Cristo, pero, con la alegría, olvidaron momentáneamente cumplir lo prometido, lo que hizo que la niña estuviera a punto de perecer con corta edad. Tenemos también casos de pronta orfandad (Catalina M^a de Jesús, Catalina M^a de San José, M^a Manuela de la Encarnación y muy especialmente el de María de la Cruz, de cuya larga familia -con ella eran trece hijos- sólo le resta un hermano, que también sería carmelita, tras la hambruna de 1584).

A veces la llegada al convento estuvo precedida de la viudedad. Es el caso de Catalina M^a de la Santísima Trinidad o de Catalina M^a de San José, quien anunció a su esposo moribundo su intención de ser carmelita si él moría. El marido recibió la noticia con regocijo, pues sería Dios quien tomaría por esposa a su mujer. Así, dispuso lo necesario para que ingresase poco después de su muerte.

Morir, sin embargo, no significa olvidar. La vida y ejemplo de estas venerables difuntas impacta de tal modo en el cenobio ubetense que se las considera prácticamente santas, de ahí que se las venere a través de su efigie o de sus

propias reliquias. Algunos pintores anónimos debieron prestarse a pintar los retratos de Catalina M^a de Jesús, Juana de San Jerónimo y Gabriela Gertrudis de San José. Desgraciadamente, la Guerra Civil nos privó del primero, una composición de medio cuerpo y tres cuartos hacia la derecha de una joven de rostro ensimismado y ojos entornados, que sostiene una pluma y cuyos labios pronuncian: TU SCIS, DOMINE, QUI AMOTE (Tú sabes, Señor, que te amo). Los segundos, de cuerpo entero, sí se conservan y tanto Juana como Gabriela aparecen con advocaciones de su devoción, la Virgen del Pópulo y el Niño Jesús, junto a sus datos identificativos y año de su muerte. El de la granadina presenta mayor verismo, tanto en la sonrisa como en la configuración del rostro, de facciones populares y afables y nariz un tanto cuadrada. El rostro de Catalina parece el más idealizado. Tal vez fuese realizado con mayor distancia respecto a su muerte. En cualquier caso, queda reflejada su esencia: su juventud y la belleza de su alma. Y es en vida, en su momento de esplendor religioso (en la actitud mayestática de Juana, en los íntimos coloquios con el Niño de Gabriela e inclusive en el ensimismamiento de la “niña Catalina”, como se la recuerda aún en su monasterio, mientras exhala su última declaración de amor), como son representadas las tres, al contrario que otros ejemplos que parecen una versión pictórica de las antiguas mascarillas funerarias (la Madre Antonia de Jesús, agustina recoleta fallecida en 1695 en su convento de Jesús, María y José de Medina Sidonia u otros de terciarias franciscanas de la Concepción de Granada).

Los cuerpos incorruptos de Juana y Gabriela debieron ser guardados celosamente, por haber fallecido en olor de santidad. A Gabriela, de hecho, se le inició un expediente de beatificación, cuando todavía estaba en el aire su fama milagrosa e intercesora. Recordemos también que hacía apenas algo más de un siglo que otro miembro de la misma Orden, San Juan de la Cruz, había fallecido en Úbeda y veintiséis años de su beatificación. Y que el miedo al rapto del cuerpo, como ocurriera con el santo segoviano, debía estar entre los temores de la comunidad y de la ciudad. Estas venerables e importantes reliquias vendrían a sumarse a otras conservadas en el convento, entre ellas, el relicario-ostensorio con restos óseos y cuentas del rosario de la santa de Ávila. Objetos que habían estado en contacto con los cuerpos de las finadas o que habían formado parte de su ajuar doméstico constituirían también preciadas reliquias: el breviario de María de la Cruz, las estampas de San José y la Virgen del Pópulo, que otrora habían decorado las celdas de Gabriela y Juana, respectivamente, o la Cruz de Caravaca de aquélla. A ello se suman otros elementos dadores de vida como el cingulo de Gabriela, al que todavía la tradición conventual atribuye beneficios en el parto, o el naranjo del claustro, que se dice plantado por su mano y con gran poder sanador en sus hojas.

III. LA MUERTE EN LA EDAD CONTEMPORÁNEA: EL *LIBRO DE FALLECIMIENTOS DE RELIGIOSAS DE LA COMUNIDAD*

Al hacer el relato de decesos en el monasterio carmelita de Úbeda, nos encontramos con una laguna documental importante, así como una pérdida patrimonial irrecuperable: la desaparición de los libros de registro anteriores a la Guerra Civil. Muchos relatos vitales de las antiguas religiosas, incluso de aquellas que hemos referido y conocido por otras fuentes, han perecido para siempre. Por tanto, una vez finalizada la contienda y restaurada la vida claustral, se inicia un nuevo tomo, con formato de libro de contabilidad, de 35 x 24 x 1,5 cm, de pastas negras con guardas ocre en lomo y esquinas, título manuscrito en cartela blanca, forrado en plástico y con hojas rayadas, sin numerar. 83 páginas, de las 119 totales, recogen las biografías de 23 religiosas, fallecidas entre 1938 y 2010.

Encabeza su lectura una nota alusiva a su huérfana condición: “Habiendo desaparecido con motivo de la revolución marxista⁵ los libros de las religiosas difuntas de esta C^{dad}, damos comienzo al presente, al reunirse de nuevo la C^{dad} en el mes de junio de 1939 siendo Priora la R^{da} M. Carmen de S^{ta} Teresa”. A continuación, se suceden los obituarios o cartas de edificación, pues no es otra su pretensión sino la de edificar a las demás religiosas y enaltecer la propia figura de la finada, subrayando virtudes y limando defectos. Antaño, dichos escritos se convertían en cartas impresas que circulaban entre los conventos de la Orden. Ha sido labor inherente a la superiora la redacción de estos relatos cuasi hagiográficos, aunque los firmase la priora. Sólo en los últimos años, la falta de tiempo ha llevado a la actual superiora, la Madre Ana M^a de Jesús, a elaborarlas ella misma.

⁵ Expresiones como ésta o el cierre de la primera necrológica con "El año de la Victoria" han de verse a la luz del momento histórico de posguerra. Imaginemos lo que debió suponer a una comunidad de clausura ver su casa saqueada y destruida y verse obligada a su abandono y dispersión, para proteger sus vidas. Véanse: LÓPEZ PÉREZ, M., *La persecución religiosa en la provincia de Jaén. 1936-1939 (Aproximación para su estudio)*, [Obispado. Comisión Diocesana para la Causa de los Santos], Jaén 2010, p. 495-500. MOLINA NAVARRETE, R., «Historia de las Carmelitas Descalzas de Úbeda al cumplirse cuatrocientos años de su llegada (y V)», en *Ibiut*, 80 (octubre de 1995) 26-27. SANTA TERESA, C. de (O.C.D.). *Estampas de mi calvario. Memorias de un fraile milliciano en la Guerra Civil Española*, [El Ángel del Carmelo], Buenos Aires 1948. Resumido por SÁNCHEZ RESA, F., en <http://www.aasafaubeda.com/index.php/component/content/article/97-estampas-de-mi-calvario/2683-estampas-de-mi-calvario-01> y siguientes (03/03/2014). TARIFA FERNÁNDEZ, A., y LINAGE CONDE, J. A., «Crónica de un convento de clausura en Úbeda durante la Guerra Civil: la comunidad de Santa Clara de 1936 a 1942», en *BIEG*, 153, II (1994) 1701-1096. VALLADARES REGUERO, A., «El "Calvario" de un Carmelita del Convento de Úbeda durante la Guerra Civil (1936-1939)», en *Carmen*, 18 (Archicofradía de la Virgen del Carmen, julio de 2013) 65-70.

La lectura del *Libro de Fallecimientos de Religiosas* recorre los últimos 70 años de esta Comunidad. La penuria y el temor al conflicto laten en sus primeras páginas. El primitivo encabezamiento (“Jesús sea nuestro consuelo”) se irá suavizando hacia “La Gracia del Espíritu Santo sea con V. R.” (1951) o “Llega el Esposo, salid a recibirlo” (1984). La despedida, “rueguen por esta afligida comunidad y en particular por su menor hermana en Cristo”, paulatinamente cambiará a “les rogamos apliquen los sufragios de costumbre [...] que ella se los pagará desde el cielo. De V. R., menor hermana” (1971). Contrastan también las primeras biografías, largas, de unas seis páginas, abundantes en detalles, incluso de la infancia de la difunta, y las de los últimos años, más breves por falta de tiempo. Entre 1944 y 1971 abunda el estilo literario en diminutivos (hermanita, celdita). Asimismo, proliferan anécdotas y citas de frases literales comunes en la difunta o significativas en algún pasaje vital. Por lo que se refiere a los aspectos funerarios propiamente dichos, observamos una evolución en la esperanza de vida desde los 75 a los 90 años. Las primeras causas de mortalidad suelen ser la edad, las enfermedades cardiovasculares y algunos tumores, a las que se suman, en los últimos años, paralelamente a la longevidad, las enfermedades neurodegenerativas. Casi todas las finadas fallecen en el convento y, excepto muerte súbita, en su celda, con todas las religiosas “formando corona” a su alrededor, que concurren al oír sonar las “tablillas”.

En 1981 empieza a utilizarse el primitivo cementerio de la huerta⁶. Datos de enterramientos previos no existen en el texto, pero sabemos por las religiosas que, anteriormente, se inhumaban en el claustro e incluso prevalece en la toponimia conventual la denominación de “Panteón” para el patio de entrada al convento, tras la puerta reglar, con lo cual se cree que dicho espacio conformaría el primitivo lugar de enterramiento monástico. Campos da también noticia de enterramientos de religiosas en el cementerio municipal de San Ginés a partir de 1932⁷. Desde el punto de vista humano, el lector se siente inmerso en escenas de gran ternura e intimidad. Como el nacimiento de un nuevo ser rodeado de su familia, así arropa la Comunidad a esa hermana que despertará en la eternidad entre lágrimas, oraciones y cantos⁸.

Son los primeros fallecimientos recogidos dos ocurridos durante la Guerra Civil. No puedo dejar de transcribir el primero, por su belleza y sobriedad,

⁶ En 2006 empieza a utilizarse otro cementerio, construido también en la huerta, dadas las condiciones de humedad y de difícil acceso del anterior (subterráneo), del cual se exhuman todos los restos.

⁷ EISMAN LASAGA, C., «Un manuscrito inédito de Miguel Campos Ruiz», en *BIEG*, 165 (1997) 57.

⁸ Gracias siempre a la Comunidad y a su priora, Ana M^a de Jesús, por haberme facilitado este entrañable documento.

testimonio del ejemplo que dieron estas sencillas mujeres a las que la muerte sorprendió fuera de su convento y en condiciones sociales difíciles: “Sea el primero el de nuestra amadísima hermana, *Luisa de San Rafael*, de 75 años de edad y 54 de bien aprovechada vida religiosa; era natural de Úbeda. Su muerte fué [sic] ocasionada por un cáncer que padecía en la sien y que poco a poco le fué [sic] acortando la vida. / Con motivo de la penosa persecución que hemos sufrido, no pudo recibir los Santos Sacramentos. / Durante su penosa enfermedad ha dejado grandes ejemplos que imitar, apesar [sic] de los grandes dolores que sentía, no se le oía un quejido; de lo que su familia ha quedado altamente edificada y no cesa de admirar. / Fué [sic] asistida por nuestras religiosas hasta el último momento, haciéndole la recomendación del alma y preces como manda nuestro Ritual y dándose cuenta que se moría, renovó su profesión religiosa y besando con ansia el crucifijo que continuamente le aplicábamos a los labios, entregó su alma a su Criador. Falleció el día 21 de febrero de 1938”⁹.

Pocos meses después, el 23 de abril, fallece en Torreperogil, de donde era natural, la Madre *Juana de la Natividad*, de 72 años de edad y 48 de vida consagrada, priora durante dos trienios. Al parecer, la supriora, que es quien da estas noticias, se había refugiado con ella en la vecina población, lo que le permite asistirle hasta el fin de sus días, para gran consuelo de la Madre. Su muerte fue repentina, debido una congestión que le sobrevino, debilitada por las penitencias que había realizado en Cuaresma. Al contrario que Luisa, Juana pudo contar repetidas veces con el consuelo sacramental.

Muy amada debió ser la Madre *Argimira del Santísimo Sacramento*, a juzgar por las seis páginas que abarca su biografía y el elogio de sus virtudes, de cuyos ejemplos su relatora confiesa no poder dar cumplida cuenta dada la multiplicidad de ocasiones en que se manifestaron. Fue la primera religiosa fallecida de nuevo en el convento tras la Guerra. Natural de Calahorra (La Rioja), había perdido a su madre con muy corta edad, por lo que había sido criada por una tía suya muy cristiana. Carente de fortuna para la necesaria dote de ingreso, decidió estudiar música a fin de poder ser admitida como organista en alguno de los palomarcicos teresianos. No nos aclara su biografía si finalmente aprendió, pues entró en el monasterio ubetense gracias a la intercesión y dote de un primo suyo, fray Lucas de San Juan de la Cruz, carmelita descalzo

⁹ El conmovedor testimonio y la enfermedad de Luisa de San Rafael me hacen recordar a una de las personas a las que dedico este trabajo, Luisa del Pilar García Rodríguez (Carmona, 12/10/1955 – Sevilla, 10/01/2013), hija única de los monjeros del monasterio de Santa Clara de Carmona, en cuyo recinto nació. Fue la suya una vida sencilla, consagrada al cuidado de su marido, sus tres hijos, su padre, viudo prematuramente, y sus perros. Amable, inocente y sonriente, siempre habré de agradecerle haber dado a luz a mi marido.

y beneficiario de la Catedral de Calahorra, mártir durante la Guerra. Priora durante un trienio, había destacado en el ayuno y la penitencia desde novicia, cuyos rigores había debido vigilar de cerca la maestra para cuidar su salud. Siempre dispuesta a los oficios más arduos, al trabajo en la huerta y a la ejecución de labores y escapularios, en ella habían encontrado las sucesivas preladas auxilio a sus apuros. Solícita en extremo hacia las enfermas, aun cuando no estuviera a su cargo, había sido en el oficio de tornera donde Argimira había desplegado su generosidad sin límites, atendiendo a los pobres y privándose hasta de lo que a ella misma le hacía falta. Su conversación juiciosa había atraído hacia el torno a todos aquellos que necesitaban sus buenos consejos. Generosidad y bondad que supo ejercer también en el Asilo de las Hermanitas de los Pobres, donde ella y otras tres hermanas se refugiaron durante la Guerra. Momentos convulsos que produjeron honda impresión en la Madre y la dejaron algo desmemoriada, aunque no de corazón más débil. Especialmente entregada había sido su labor con los frailes, cuando regresaron a su convento tras el conflicto, esmerándose en la colada y la cocina. Una afección reumática la confinó en un sillón sus últimos meses. No obstante, destacó por su delicadeza hacia sus enfermas, igual que antes la había tenido hacia las enfermas. Les agradecía grandemente sus cuidados, se disculpaba por las molestias generadas y rogaba a Dios por ellas, para que les concediese “la gracia que les fuera más necesaria”. Murió en 1941, a los 73 años, “muy tranquila, sin agonía, quedándose con un rostro apacible que reflejaba la paz de su alma”.

Tres años después, en los días de Navidad, fallece la primera hermana de velo blanco: *Jacoba de la Natividad*, natural de Don Benito (Badajoz), de 76 años de edad y 53 de vida consagrada. Del tono de su biografía, especialmente abundante en el uso de diminutivos (“hermanita”, “celdita”, “prontito”), se deduce un cariño casi materno-filial por esta religiosa que, a pesar de su ceguera precoz, se adaptó adecuadamente a las labores obreras propias de las hermanas de velo blanco, especialmente ayudando en la cocina. Gran devota de los textos de San Juan de la Cruz, llevaba algunas de sus reflexiones cosidas al bajo del escapulario para que se las leyesen a menudo sus hermanas. Enferma de corazón había pasado sus últimos meses y sufrimientos, para, en el momento final, expirar tranquila, mientras la Comunidad, reunida en su torno, recitaba el Credo. Destaca su biógrafa lo concurrido y solemne de sus exequias, con asistencia de los frailes, a quienes tanto había servido en la cocina cuando la comunidad masculina regresó a su convento tras la Guerra.

No es hasta pasados siete años, en la primavera de 1951, cuando encontramos una nueva difunta, en esta ocasión la Madre *Visitación del Niño Jesús*, pamplonesa de 67 años y, más específicamente, originaria de La Rochapea, uno de los barrios de extramuros más antiguos de la capital navarra. Huérfana de padre

tempranamente, quedó su madre a solas con ella, pues perdió a otra hija muy pequeña y su hijo marchó con la familia paterna a Francia, quien, no obstante, sacrificó su compañía por concederle una mejor educación como interna de las Hijas de la Caridad de Sangüesa. Allí destacó en costura, lo que le permitió, ya en Úbeda, que ejerciese con primor el rizado de ropa de sacristía y confección de flores. El ejemplo de aquellas monjas, entre ellas la superiora Sor Sotera, a quien la finada decía querer como a una madre natural, debió encender pronto la llama del amor carmelita, ingresando en este monasterio con tan sólo 19 años. A pesar de su salud, resentida pocos años después de su profesión, ejerció diversos oficios, entre ellos el de priora. Su muerte estuvo motivada por una bronquitis complicada con problemas cardíacos. Asistida en su momento final por toda la Comunidad, expiró mientras se recitaba el Salmo 114. Después de su muerte, se decretaron cien días de indulgencia por los actos piosos o caritativos que se hiciesen por su alma.

Ocho veranos después fallece otra pamplonesa, la hermana de velo blanco *Manuela de San Alberto*, originaria de una zona rural que su biógrafa denomina “Laijas”. Su infancia transcurrió mayormente en un caserío alejado de la iglesia, por lo que solían acudir temprano a Misa alumbrados por farolillos. La pequeña Manuela se descalzaba incluso en días de nieve para ir más deprisa y evitar que nadie la adelantara. A su biógrafa le enternece esta inclinación temprana hacia el sacrificio por gozar de la presencia de Cristo y exclama “¡Qué ingenioso es el amor!” Antes de profesar, trabajó al servicio de los señores de Zabalza, en Pamplona, familia de la que la religiosa destacó siempre su unión cristiana, que respetaron y alentaron también en su persona. Mantendría contacto con ellos a lo largo de toda su vida, como testimoniaban las cartas y limosnas recibidas. Ensalza también su obituario su profunda modestia y humildad hasta el extremo de no intervenir en cuestión en la que ella pudiese participar sin ser interpelada. Dada su condición lega, si la hermana tabllera se retrasaba en su aviso, ella procuraba hacer algún ruido que la alertara sin hacerla sentirse humillada por su olvido, a modo de “ángel de las tablleras”, según la recuerdan. El reúma la redujo a su celda en los últimos meses de vida, aunque las monjas aducen su fallecimiento, que ocurrió a sus 77 años de vida y 53 de consagración, a un tumor que le ocasionaba hemorragias.

Extensa y abundante en detalles curiosos resulta la biografía de la Madre *Ángela de la Encarnación*, fallecida a los 82 años, y de cuya defunción olvida su redactora dar el año (entre 1951 y 1963), absorta en la relación de sus bondades. También de origen navarro (de Tiebas) se había iniciado prontamente en virtudes carmelitas, como la caridad y la castidad. Imitando a su madre, que a diario preparaba una ración de comida para un pobre, ella le añadía a escondidas un vaso del mejor vino de la bodega. Asimismo, a los diez años

había manifestado a su madre su deseo de abandonar la única escuela, mixta, del municipio, dado que había chicos y ella ya había aprendido todo lo que allí podían enseñar. Su devoción por la Virgen le llevó, aún niña, a cortarse las trenzas para confeccionar un tocado decoroso a la imagen que se veneraba en la parroquia. Fallecido su padre a los 18 años, había tenido que ponerse al frente de la hacienda familiar, por ser la primogénita. Eso le daría la experiencia necesaria para ocupar el cargo de priora posteriormente en Úbeda. Su trato amable le ganó el cariño de aquellos trabajadores. Su biografía nos transmite que estos, ya en la Ciudad de los Cerros, le habían escrito manifestándole literalmente que, “de treinta días que tenía el mes, treinta y uno se acordaban de ella”. Su madre se había resistido a dejarla ingresar, por necesitar su ayuda y compañía. La joven Ángela se había postrado ante la Virgen para que le manifestara su deseo y, en el caso de que determinase que su destino fuera la vida seglar, ella vestiría por siempre el hábito del Carmen. Y así, a los 23 años, ingresó en Úbeda con tan gran alegría que besaba las paredes por considerarse ya en la casa de la Virgen. A la maestra de novicias encarecía: “Déjeme, Madre, que vaya a dar una vuelta por esos hermosos claustros donde mi corazón se explye en alabanzas a mi Dios”. Además, con motivo de una visita pastoral del obispo, recibió la merced de poder vestir el hábito al día siguiente de su llegada al monasterio. Hábil en el oficio de sacristana y en la composición de ornamentos, atendía encargos no sólo del convento, sino también de otras parroquias y compromisos de fuera, incluidos los frailes.

A través de su biografía nos asomamos a los convulsos años treinta, difíciles para las comunidades religiosas. En 1931, debido a las revueltas anticlericales, Ángela, como priora, se había visto obligada a desalojar el monasterio, repartiendo a las hermanas entre familias amigas. A la Madre, sin embargo, le atribuía el recuerdo de ese amado convento abandonado y, desoyendo a las dos hermanas que estaban con ella y a la familia que las había acogido, que le advertían de su insensata resolución y de lo comprometido de transitar por el centro de la ciudad vistiendo el hábito, volvió al monasterio acompañada de una criada, pasadas tan sólo unas cuantas horas fuera de sus muros. Y era tal el respeto que infundía su figura que los transeúntes, incluso los revolucionarios, se descubrían la cabeza a su paso¹⁰. En 1936 tuvo que volver a tomar la penosa decisión de evacuarlo. En este caso, el rumbo de los acontecimientos le impidió aventurarse a volver en solitario a la casa común y hubo de permanecer la comunidad disuelta y ella con las hermanas que acogieron las Hermanitas de los Pobres, donde mantuvo algún cariñoso pulso en pos de la defensa mariana del Carmelo con las Siervas de María, también allí refugiadas. Su devoción

¹⁰ "No es extraño que esta alma llena de Dios causara respeto aún a los mismos que no tenían fé [sic]: su presencia tenía un no sé qué, que se le miraba con veneración".

por la Madre de Cristo y por su Orden le hizo guardar un esmerado respeto por uno de sus símbolos más sagrados, el escapulario, que, ciega durante sus últimos quince años de vida, plegaba con primor todas las noches y encarecía a sus hermanas resguardasen el propio a su paso, no fuese a pisarlo. Eco se hace la redactora del sufrimiento que debieron experimentar las carmelitas cuando regresaron en 1939 a su centenaria morada y la hallaron tan destruida y profanada, incluidos los propios ornamentos que con tanto primor había elaborado la navarra. Ángela rogaba encarecidamente el concurso de limosnas que les ayudasen en tamaña reparación. Dejó escritas aquellas vívidas emociones en un papelillo que prendió en la ropa interior de una Dolorosa y que la biógrafa transcribe a su muerte. Su fallecimiento no acaeció por causa particular, sino debido a su avanzada edad. Es, de hecho, la primera monja octogenaria. Gran devota del Magnificat, la Comunidad, reunida en su lecho, recuerda esta preferencia suya y entona su cántico, entre cuyas notas expira la Madre, para volver a sonar en su entierro, como distinción especial.

Aunque más breve, nos conmueve también la vida de *Josefina M^a del Corazón de Jesús*, pacense nacida en Llera en 1901. De carácter alegre, gracioso y optimista, su ingenio compuso algunas poesías y una obra de Navidad que representaron en el convento con gran éxito. Sabía ver lo positivo de las cosas y deleitaba las recreaciones imitando a personajes populares de su pueblo. Y, con motivo del día de la priora, realizaba también un relato cómico de lo ocurrido en el año. Eso no era óbice para que tuviese el mayor sentido cristiano, como supo demostrar en situaciones críticas. Una de ellas, antes de profesar, cuando, un grupo de personas tañeron las campanas de la iglesia, desobedeciendo el mandato republicano. Los insurrectos fueron llevados a juicio a Badajoz y, aunque finalmente quedaron todos libres, Josefina M^a testificó en favor de ellos. Más tarde, en plena Guerra Civil y dispersión conventual, decidió refugiarse con su familia, pero en el camino fue apresada, acusada de espionaje. Hacía tan sólo unos días, el 17 de julio de 1936, que acababa de hacer profesión simple. En la cárcel, no obstante, sembró también la caridad y el buen ánimo, aunque siempre temerosa de que, siguiendo su rastro, apresasen al resto de la Comunidad. Finalizada la contienda, volvería a Úbeda, a reunirse con sus hermanas. Para reparar la Iglesia, pasaba largas noches haciendo dulces. Llevó con entereza su última enfermedad, una mezcla de reuma, insuficiencia cardíaca, anemia y problemas de médula, aunque vertió a escondidas algunas lágrimas viéndose impotente para cumplir sus deberes religiosos. Eso le obligó a someterse a algunas transfusiones de sangre y a ingresar en el Hospital Provincial, que prefirió a una clínica, por considerarlo el lugar más adecuado para ella, entre los pobres. Allí disfrutó de alguna velada musical, pero no salió con vida. Sus hermanas se llevaron honda impresión al recibir su cadáver en la ambulancia. Personas ajenas al convento, que tenían

contacto con ella a través del torno, sintieron y lloraron su muerte, acaecida en 1971.

Dos años después encontramos la necrológica de la Madre *Carmen de Santa Teresa* (Alameda Rodríguez), bajo cuyo priorato se abrió el presente volumen. Natural de Úbeda, se había refugiado durante la contienda en casa de sus sobrinos, Miguel y Andrea, con los que mantuvo una relación estrecha. No obstante, procuraba socorrer al resto de sus hermanas dispersas entre distintas familias, haciendo cola para conseguirles alimento y, especialmente, leche a una hermana aquejada de cólicos nefríticos. Fue nombrada priora cuando volvieron al convento, cargo que ocuparía hasta en cinco ocasiones, y asumió la difícil tarea de repararlo, pues había sido utilizado como cuartel y albergue de refugiados durante el conflicto. Soportó la enfermedad con entereza, especialmente el cáncer de vejiga que acabó con su vida a los 77 años. Hábil en la composición de cantos y poesías, nos transcribe también la que compuso por sus bodas de oro.

De delicada salud había sido la Madre *M^a Teresa de Jesús*, bilbaína a la que bautizaron como María Azcárate Goicoechea. No obstante, falleció en junio de 1981, a los 80 años. Había trabajado en Telefónica y, sintiendo la llamada del Carmelo, había pospuesto su ingreso -a priori, en Jaén- para ayudar con su sueldo a su madre, viuda con cuatro hijos, y, especialmente, a su hermana que estaba terminando estudios de magisterio, retraso que aprovechó para aprender música, pues tenía una voz preciosa. Dotada de excelentes cualidades y gran retentiva, había sido priora un trienio. No obstante, su memoria se vería un tanto desvanecida a consecuencia de una arterioesclerosis. Esta circunstancia coincidió con el cambio a los breviarios en castellano, lo que provocaba algunos enredos graciosos en el coro y su creencia de que era la priora, dirigiendo el rezo, la que erraba. Fue enterrada en el cementerio nuevo que habían construido en la huerta, “con la piel como un niño pequeño, llena de flores por todas partes, con una sonrisita como diciendo «ya gozo de mi Señor»”.

Asistimos ahora a la semblanza de la segunda de las prioras que firmaban las primeras necrológicas, paisana de la anterior, la Madre *María del Santísimo Sacramento*, fallecida en 1984, a los 84 años de edad. Epifanía López Zanguitu, “Epi” para sus seres más íntimos, había sido una niña traviesa y juguetona, capaz de arrojarse desde una motocicleta incontrolada. Había tratado de ingresar con una amiga en el Carmelo de Córdoba pero, al ver su fotografía, la habían rechazado por “tener cara de mandona”. Y no es que lo fuera, pero tenía “el don de saber gobernar”; era dispuesta y resolutiva. Felizmente ingresada en Úbeda, donde llegaría a ser priora, había tenido la tentación de volver a su casa para cuidar a su padre y hermanos tras la muerte de su madre. Sufrió la exclaustación

que tuvieron que efectuar en el año 36, después de muchas resistencias, precisamente el día del patrón San Elías. Y procuró visitar a las monjas dispersas para darles ánimo y coser como medio de subsistencia en Sabiote. Sufrió viendo cómo destrozaban su amado convento y quemaban en la plaza todo aquello que con tanto esmero habían cuidado. Volvió, tras la Guerra, a Bilbao, donde tenía contactos, a buscar fondos económicos para dar comienzo a la vida en comunidad. En 1962 del convento de Baeza solicitaron monjas para una fundación que había de realizarse en Luanda (Angola), entonces territorio portugués. La Madre, a pesar de temer por sus achaques en aquel clima, se aventuró finalmente y en dicha fundación permaneció 2 años y 6 meses, hasta que volvió a Úbeda, con gran regocijo de sus hermanas. Éstas la apodaron cariñosamente “Venid a María”, a raíz de unos ejercicios espirituales en que confesó su inclinación inicial a denegar algo, que luego, apresuradamente se ofrecía a hacer y su propósito de enmienda en este sentido. Era de gran ayuda con las tortas en el obrador, que dedicaron a San José por su especial devoción, y al que decía entrar con la disposición de una joven veinteañera, aunque, a la salida recuperase su edad.

La vida de la hermana de velo blanco *M^a Josefa de San Joaquín* (Mezcua Zambrana), natural de Sabiote y fallecida en 1989, a los 86 años, es una de las más entrañables. El misionero Francisco Tarín, en visita a su pueblo, vaticinó a su madre la futura vocación religiosa de la niña, quien, a sus tempranos 9 años, vino a Úbeda a trabajar. Aunque echaba muchísimo de menos a su familia, el matrimonio sin hijos a quien servía siempre se portó muy bien con ella, llevándola consigo en sus viajes por España y “colonias africanas”. Para facilitar su entrada en el Carmelo de Úbeda, a cuyas puertas llamó en los difíciles años republicanos, se sirvió de la ayuda de un compañero de beaterio, futuro fray Bartolomé de San José, para obtener su partida de bautismo. La insistencia del joven hizo exclamar al sacristán si es que tanta premura se debía a que “quería pretender a la muchacha”, con lo que el futuro fraile se retrajo, ruborizado, y declinó el intento. Destacó especialmente por su capacidad de trabajo, especialmente ayudando con las magdalenas o barriendo los claustros. No había tarea ingrata que la hermana M^a Josefa no dejase de cumplir a la perfección, trabajando hasta un par de días antes de su muerte. Dos años antes de morir decidió operarse de cataratas, a pesar de temer por su corazón. Quería ver para poder seguir laborando. Sólo le perdían dos debilidades: los niños y los animales. Tenía un perro y un gato, que se refugiaban entre sus sayas, que la acompañaban en la huerta y por los que era capaz de privarse de comer. A veces, olvidaba que les había guardado un huevo duro en el hábito, que luego aparecía rodando en el suelo del coro. La sencillez de M^a Josefa fue tal, que casi pasa desapercibida su “preciosa muerte”, confundida con un largo sueño. No obstante, su subida a los cielos coincidió con la víspera de

Todos los Santos, por lo que su entierro fue de lo más solemne, tanto que sorprendió al propio vicario episcopal y es que, como rezó la primera lectura de ese día: “aquel que se humilla, será ensalzado”.

Conforme nos adentramos en las últimas biografías, encontramos cierto toque decorativo en los títulos, subrayados anillos y astas de las letras, con pequeñas vírgulas a modo de nubecillas, pero aquéllas son también cada vez más breves, incluso sin firma y centradas fundamentalmente en la descripción de virtudes y carácter de la finada, así como en el relato de sus últimos momentos.

La repentina muerte de la Hermana *M^a de los Ángeles y Santa Teresita*, acaecida durante la comida en el refectorio, produjo en sus hermanas “profundo dolor e impresión, pues verla bien y al momento en la eternidad ha sido un fuerte golpe, lo que nos hace reflexionar cuan [sic] en vela debemos estar siempre, no desaprovechando minutos, antes haciendo vida eterna cada momento de nuestro existir”. Honda reflexión que suscita el fallecimiento de la que, en el siglo, fue bautizada como M^a Santos Urain Barrutia en Deva (Guipúzcoa). Falleció en 1995, a los 85 años. Profesa en los difíciles años 30, hábil para trabajos de fuerza (no en vano, de niña había preferido las cosas de niños), laboriosa hasta los últimos momentos en su celda, amante del oficio de sacristana, por permitirle estar más en contacto con las cosas de Dios, había sido especialmente útil a la comunidad como organista, ya que había estudiado música y piano en el colegio. Probablemente fuese la última intérprete del armonio francés de Rodolphe Fils et Debain, de finales del XIX, del coro de la iglesia.

“Prudente, silenciosa, recogida, nada problemática, de carácter apacible, acogedora, mujer de paz, sabía sacar partido positivo de todo, siempre disculpando los defectos del prójimo; de poca personalidad al tomar decisiones, más movida por el deseo de hacer lo mejor y que fuese del agrado del Señor, suplía esta limitación de carácter tan reconocido por ella.” Con tan bellas palabras se describe a la Hermana *M^a Jesús de San José*, bautizada como Manuela Lucía en Burgos en 1926. Era la menor de ocho hermanos, dos de ellos religiosos seráficos. Una cuñada suya, profesa en este Carmelo, trocó la inicial intención clarisa de M^a Jesús a través de sus fervorosas cartas. Poco dotada para cargos de Comunidad, que admiraba “sin celos ni envidias”, destacó en la ejecución de zurcidos invisibles, que tanto ayudaron económicamente a la Comunidad en los difíciles años de la posguerra. El Alzheimer causaría su mortal calvario: “...era una imagen viviente de Cristo en la Cruz, tenía la boca y lengua reseca, agrietada, partida; algo indescriptible e imborrable”. En el Domingo de Resurrección de 2001, M^a Jesús se despertó con Cristo en el Paraíso.

Al año siguiente fallece también otra burgalesa, en este caso del pueblo agrícola de Santurde, la Hermana *Concepción de San Juan de la Cruz*, en el

siglo Clementina Bujedo Paz. Había llegado a Úbeda guiada por un carmelita descalzo. “De espíritu interior, siempre encerrada, abierta para sólo Dios [...], educada y observante y también observadora, a nadie abría su alma ni decía sus sentimientos, tan amante de la soledad que no se distinguió su vida de su muerte...”. Tenía 88 años.

Muy breve es la biografía de *Carmen Teresa del Espíritu Santo* (Francisca Ávila Garrido), nacida en Villacarrillo, en el seno de una familia profundamente carmelita (dos de sus hermanas profesaron en el palomarcico de Beas y otra fue carmelita misionera). “Parlanchina y ocurrente”, fue una enferma resignada y obediente, “quedándose paralítica en todo su ser, no así su inteligencia que demostraba con una leve sonrisa todo su agradecimiento”. Falleció el 6 de febrero de 2003 a los 80 años.

Cuatro meses más tarde y con la misma edad, fallece la linarense *Ascensión de la Virgen de Linarejos*, en el siglo Carmen Amador Sánchez y terciaria franciscana. Fray Pedro del Niño Jesús, que había recorrido los pueblos de Jaén despertando vocaciones, trajo a esta hermana, así como a Carmen Teresa. Alegre y bromista, su muerte fue inesperada, a causa de una hemorragia cerebral, que comenzó como simple indisposición, sin despertar mayores sospechas entre las religiosas.

De la vecina población de Sabiote fue *M^a Carmen del Niño Jesús de Praga*. Era la mayor de ocho hermanos. Perdió tempranamente a su padre y hubo de servir con una señora del lugar, que la quería mucho. Primeramente se sintió llamada hacia el matrimonio, pero, poco antes de su boda, M^a Ginesa Ruiz Campos, pues tal era su nombre, decidió dejarlo todo por Dios y el Carmelo. Murió en 2005, a los 89 años, a consecuencia de las secuelas de una rotura de cadera. Había ejercido los oficios de ropera y enfermera, éste durante casi toda su vida. Idénticos comienzos caracterizan a *Gabriela de San José*¹¹,

¹¹ De carácter parecido al de Gabriela fue mi abuela materna, Francisca García Tejada (Málaga, 17/02/1917 – Úbeda, 21/01/2014), a quien dedico este relato. Una mujer especial y singular, de gran fortaleza mental, independiente hasta el último extremo (pues, viuda desde hacía veintitún años de mi abuelo, el maestro José Latorre Salmerón, vivió sola hasta casi un año antes de su muerte), además de juvenil en su aspecto. Sus últimas fotos, justo un mes antes de su deceso, no dejan adivinar la edad ni presenten mucho menos la muerte. Es también ella, acompañada de su padre, Juan de la Cruz García Molina, quien socorre con un vaso de agua al Padre Claudio de Santa Teresa, carmelita herido en el asalto a su convento. Lo que no dice el fraile, por no haber sido testigo, es que la joven Paquita, tras fregar el escalón con la sangre del carmelita, arrojó las aguas sucias, “sin querer”, a los pies de los milicianos. LATORRE GARCÍA, M., «Te quiero, mamá», en: <http://www.aasafaubeda.com/index.php/20-acontecimientos/3228-te-quiero-mama>.

SÁNCHEZ LATORRE, M., «Ser nieto a los treinta. Despedida de mi abuela Paquita», en: <http://www.aasafaubeda.com/index.php/20-acontecimientos/3224-ser-nieto-a-los-treinta>.

Encarnación Rodríguez Ruiz en el siglo, paisana de la anterior y, como aquélla, al servicio de una señora del pueblo que la quería muchísimo. A través de un carmelita descalzo, llama a las puertas del convento de Úbeda en 1935, pero las circunstancias retrasan su profesión hasta 1940, como hermana de velo blanco, aunque pasase a corista a partir del Concilio Vaticano II. Es recordada especialmente por los beneficios que hizo a la Comunidad en la cocina y en trabajos que podríamos considerar masculinos (fontanería, carpintería, electricidad...), esforzándose a menudo más allá de lo que le permitía su propia naturaleza. No era capaz de estar inactiva y sólo estuvo una decena de días en su celda y los tres o cuatro últimos en cama. Breve agonía que, sin duda, agradecería esta mujer de fuerte carácter, pero capaz también de la mayor humildad, que falleció a los 89 años en 2006. En su Misa entonaron sus cantos preferidos, haciendo creer a sus hermanas que celebraban, de nuevo, sus bodas de oro.

En febrero del siguiente año y a la misma edad fallece la bilbaína *M^a Paz del Niño Jesús* (Salís Krug), que había estudiado magisterio y trabajado en un ministerio (no nos dicen cuál) hasta la muerte de sus progenitores, cuando ingresa en este Carmelo. “Una niña muy mimada de sus padres, lo que hizo le costara mucho la vida del convento por su aspecto físico, muy pequeña de estatura, le costaban mucho los trabajos y oficios de Comunidad, más [sic] tenía gran habilidad para las letras con una memoria prodigiosa, estando varios años encargada de la biblioteca, le encantaban los libros y revistas sobre todo referente a la Orden y a su Santidad el Papa”. El Alzheimer fue causa de una penosa enfermedad para ella y la Comunidad (“sufrió y nos hizo sufrir”), mas, en los momentos de lucidez, pedía perdón por las molestias que causaba. La cultura y refinamiento de esta hermana queda patente en algunas piezas de su casa familiar, hoy en el ajuar litúrgico del convento: un cuenco y dos candelabros de plata, marcados por Halphen en el París de finales del XIX y con tres iniciales grabadas, entre ellas la S del apellido Salís paterno.

Curiosa también en algunos extremos resulta la vida de Catalina Utrera Crespo, natural de Sabiote, y profesa como *M^a Dolores de Jesús*¹². La tuberculosis se lleva a su padre, aún joven. La Guerra Civil arrastraría también a su único hermano, dejando a su hija póstuma. Catalina siente la llamada de la vocación y, aunque reconoce la falta que hace en su hogar, se aventura a proponérselo a su madre, que se niega rotundamente, incluso con amenazas. “Por ésta y otras circunstancias difíciles de contar”, la mansa muchacha acepta casarse con

SÁNCHEZ RESA, F., «¡Adiós, Paquita, adiós..!», en: <http://www.aasafaubeda.com/index.php/20-acontecimientos/3219-adios-paquita-adios> (17/03/2014). SANTA TERESA, C. de (O.C.D.), o.c., p. 28-29.

¹² Su nombre primigenio en religión fue el de M^a Dolores del Padre Celestial.

“un joven católico y bueno”. Pero la noticia de su muerte en el conflicto, le lleva a iniciar los trámites para su ingreso, a los 26 años, aunque la partida de defunción tardaría en llegar. De este matrimonio quedan aún en el coro de la iglesia dos marcos en yeso dorado, de ventana oval con orejetas e inspiración tardorromántica, con las imágenes de los Sagrados Corazones de Jesús y María, que ornaban su dormitorio conyugal. Ejerció muchos oficios, entre ellos el de priora un trienio, aunque especialmente el de ropera. De salud delicada, se cumplió en ella el dicho de “mujer enferma, mujer eterna”, falleciendo casi a los 94 años, a finales de 2007.

Francisca M^a del Patrocinio profesó como hermana de velo blanco, tardíamente, a los 40 años. No obstante, se adaptó perfectamente a la vida monástica, seguramente debido a sus orígenes humildes. Procedía de una familia de Añora (Córdoba) al cuidado de una finca. Allí, Francisca cultivaba azucenas para ofrecérselas al Santísimo. Experimentó gran gozo al pasar a hermana corista, cantando el oficio divino. Lo entonaba con veneración, aunque tratasen de silenciarla por su mal oído, porque para ella lo importante era alabar a Dios. Mantuvo la salud hasta los 88 años en que se le manifestó un acentuado Alzheimer. A pesar de ello, tan grabada tenía en su mente la obediencia que bastaba que le dijeran “lo ha dicho Nuestra Madre” para que cediese fácilmente. Murió en 2009 a los 90 años, de una forma imperceptible. Su enfermera, tras intercambiar con ella un saludo matutino, la sorprendió en un plácido y eterno sueño. Su entierro “parecía un día de fiesta feliz [...], la paz y el gozo del cielo nos inundaba a todos y es que ella nos la regalaba desde el cielo.”

M^a Pilar de Cristo Rey es la última difunta, hasta la fecha, en este palomarcico. Nació con augurios carmelitas, en la vecina población de Sabiote, donde existió convento, el 24 de noviembre de 1921, fiesta de los Santos de la Orden. A pesar de su juventud “alegre y hasta un poco liviana”, la temprana muerte de su padre la conduce a este cenobio a los 18 años. Allí ocuparía el oficio de cantora, pues tenía una voz maravillosa, y, en aquellos tiempos era una plaza de corista para la que no se requería dote. Recuerdan sus hermanas cómo se llenaba la iglesia en la novena de la Santa Madre para escucharla y su mano para la costura, de herencia materna, habiendo dejado infinidad de ornamentos y casullas para el monasterio y los frailes. Fue debilitándose poco a poco. La falta de apetito, inhabitual en ella, marcó las primeras señales de alarma entre la comunidad. Sus hermanas, reunidas a su alrededor, le hablaban y decían jaculatorias, pues les parecía que oía, aunque no pudiese responderles, por entrar en coma. Y así, rodeada de ellas, entre cantos y lágrimas, “murió para empezar a vivir” el 13 de julio de 2010, día de Santa Teresita de los Andes. “El entierro fue esplendoroso; su cadáver quedó como de joven pues, dicho de paso, era hermosa y bella...”.



1. M^a Pilar de Cristo Rey (de pie) y M^a Teresa de Jesús (sentada).



2. De izquierda a derecha: Carmen Teresa del Espíritu Santo, Ascensión de la Virgen de Linarejos, Antonia del Espíritu Santo (viva) y Francisca M^a del Patrocinio.



3. De izquierda a derecha y de arriba a abajo: M^a Dolores, Ascensión, Carmen Teresa y M^a Paz. M^a Teresa, Carmen de Sta .Teresa, M^a Jesús y Josefina M^a. Concepción de San Juan de la Cruz, Teresa de Jesús (viva), dudosa, M^a Josefa y M^a Inmaculada de la Stma. Trinidad (viva).